

IX

BERNALDO DEL CARPIO.

Ibase por un camino
 el valiente Don Bernaldo;
 todo vestido de luto,
 negro también el caballo:
 por los cascos echa sangre,
 y sangre por el bocado.
 Con la prisa que traía,
 atrás deja los criados.
 Viéralo pasar su tío,
 y á un meson fuera alcanzarlo.

— Don Bernaldo ¿donde vás,
 que así vienes preparado
 con una espada en la mano
 y otra en el cinto colgando?

— Voy libertar á mi padre,
 que dicen que van á ahorcarlo.

— Don Bernaldo, sube, sube;
 tomaremos un bocado.

— Maldita la cosa quiero
 hasta verlo libertado. —

Entre que ambos descansaban,
 volvieron ya los criados.

Nadie les daba razón
 de dónde estaba su amo,
 sinon porque conocieron
 el relincho del caballo.

— ¿Don Bernaldo dónde está?

— Don Bernaldo está ocupado,
 que está comiendo y bebiendo
 y un momento descansando.

— Dígale que se dé prisa,
 que á su padre van á ahorcarlo,
 y en el medio de la plaza
 hemos visto ya el tablado. —

Cifó Bernaldo la espada
 y montóse en su caballo:
 por las plazas donde pasa,
 las piedras quedan temblando.
 Sus ojos echaban fuego,
 y espuma echaban sus labios:
 por donde quiera que pasa
 todos se quedan mirando.

Llegóse al medio la plaza,
y apeóse del caballo;
diera un puntapié á la horca
y en el suelo la ha tirado;
y una de las dos espadas
dióla á su tío Don Basco:
—Tome esa espada, mi tío,
rijala como hombre honrado;
qué ninguno de mi sangre
habrá de morir ahorcado!